

no tanto al número de armas atómicas, sino a su diversificación y a sus posibilidades).

No faltan las respuestas a Chirac y a Giscard: no sólo las enfurecidas de los comunistas, que consideran todo este tema como una fase más de la dura batalla que les libra el Gobierno para separarles de las otras fuerzas de la izquierda, sino del Partido Socialista y otras agrupaciones menores. La suspensión de la fuerza nuclear francesa figura en el «programa común». Mitterrand ha explicado que el Partido Socialista acepta la Alianza Atlántica («como una necesidad surgida de la última guerra mundial»), pero que rechaza el Ejército profesional (una parte de la polémica se refiere a la sustitución del servicio militar obligatorio por los soldados «de oficio», voluntarios bien pagados; el Gobierno se inclina por el

servicio obligatorio) «y niega al arma nuclear la utilidad y la eficacia que le conceden sus partidarios». «La verdadera cuestión es ésta: ¿puede Francia enfrentarse en una guerra atómica a la URSS o a los Estados Unidos, cuya potencia militar no puede ni siquiera compararse con la nuestra?». El Partido Socialista Unificado, a su vez, considera que el arma nuclear francesa «contribuye al riesgo generalizado del paso de un conflicto convencional a un conflicto nuclear. Es difícil ocultar que el arma nuclear sirve mucho más para objetivos interiores que exteriores: los de confiar al Ejército una misión cada vez mayor en el control de las actividades civiles, bajo el pretexto de la seguridad e imponer en torno al sistema de defensa un «consenso nacional» que vaya más allá de los enfrentamientos de clase». ■

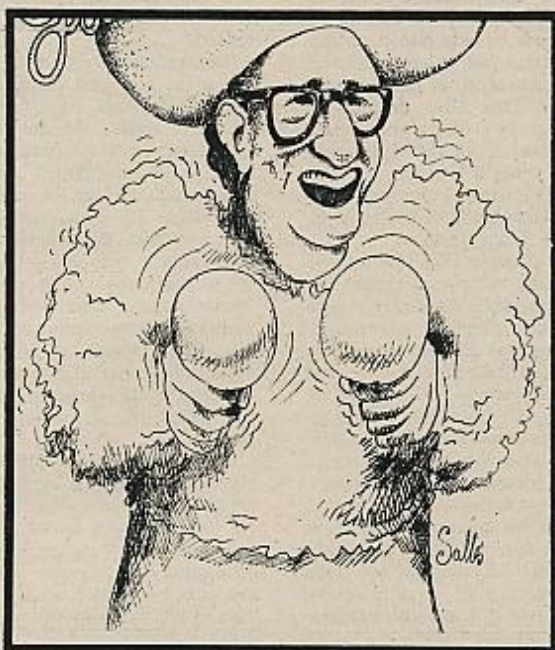
Presidente Ford: desde el desastre chipriota a la ruptura —o congelación— del amplio acuerdo comercial con la URSS, la incomprensión de los fenómenos portugueses y, sobre todo, el horrible desastre de Indochina, que ha llegado a su máximo punto —por ahora— con la caída de Da Nang y el cerco en torno a la ciudad de cien mil soldados del Gobierno de Saigón.

Todo este cúmulo de fracasos es consecuencia de una política de intransigencia y dureza y, simultáneamente, como queda dicho, de su enmascaramiento. Los Estados Unidos no han cesado de alentar, sostener y armar a Israel, lo cual ha hecho que, lógicamente, este país se sintiese suficientemente fuerte para negar toda clase de posibilidades de arreglo negociado. Los Estados Unidos han fomentado la dureza y la fuerza de personajes como Lon Nol en Camboya, como Thieu en Vietnam, cuando las circunstancias de la paz de París hubiesen requerido desmontar del poder a esos dos individuos y crear realmente unas bases de entendimiento entre las distintas fuerzas que permitirían unos Gobiernos de coalición o de amplia base nacional que lo grasen liquidar las guerras civiles sobre nuevas condiciones. En cuanto a Portugal, la repetición de los errores ya cometidos con Cuba, por

una falta de auténtica información acerca de las motivaciones profundas de las revoluciones o de las situaciones de rechazo de los regímenes anteriores hubiesen sido mucho más eficaces.

Todo ello no va a forzar la dimisión de Kissinger en un tiempo próximo, porque carece actualmente de sustituto. Ford le necesita, Rockefeller le apoya, los militares también: sería preciso que Washington idease una nueva política exterior para que otro secretario de Estado pudiera ejecutarla. Pero si Washington realiza una nueva política exterior dura, es porque su estructura imperial le impide hacer otra. Ahora bien, Kissinger podría estar forzado al abandono por el Congreso, que tuvo tanta fuerza como para desmontar al vicepresidente Agnew y al Presidente Nixon. Tal como funciona la política interior en los Estados Unidos, el Congreso no puede hacer más que poner dificultades a su acción.

La imagen internacional de los Estados Unidos en este momento ha llegado a su punto más bajo. La revolución que supuso la expulsión de Nixon del poder no ha dado todavía los frutos necesarios como para crear una nueva política, una nueva línea. Y los dos años que faltan —casi— hasta las elecciones son demasiado largos. ■



LA PEOR IMAGEN DE ESTADOS UNIDOS

Del superKissinger al infraKissinger

El fracaso de la contrarrevolución en Portugal, la velocísima progresión de las fuerzas comunistas en Vietnam y Camboya, la imposibilidad de conseguir un acuerdo en Oriente Medio, al mismo tiempo que cae asesinado el Rey Faisal de Arabia Saudita, es todo un desplome del edificio de la política internacional de Kissinger. No sólo de lo que estaba tratando de hacer en la actualidad, sino de las mismas raíces o fundamentos de su política general a partir de lo que pareció su coronación: la paz en Vietnam. No hubo nunca paz en Vietnam: hubo sólo un disfraz hipócrita de

la guerra; como no ha habido paz en Oriente árabe, sino treguas mal respetadas entre batalla y batalla. La diplomacia de Kissinger se ha basado en una ficción política: la de que se podía iniciar una nueva era mundial de relaciones abiertas y de comprensión mutua y, al mismo tiempo, mantener la presión imperial de los Estados Unidos y continuar sosteniendo posiciones clave para su economía y su defensa.

El Congreso de su país —y la fuerte mayoría demócrata consolidada en las últimas elecciones tiene mucha relación con todo ello— le está pasando la factura a él y al pétreo

Hugo Rivera Scott es un joven y buen pintor de Chile, de treinta y tantos años, profesor de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Nacional de Chile, en Valparaíso...

Ignoro qué delito haya podido cometer Hugo Rivera. Pero el pasado día 8 de febrero fue detenido por la Marina de Guerra chilena y fue llevado a un lugar desconocido. Desde entonces ya no se sabe nada más de él.

A Hugo Rivera le conocí yo incidentalmente en Valparaíso, en aquel viaje que ya no olvidaré nunca. Era muy joven. Recuerdo que desplegaba esa simpatía especial de todos los chilenos, lograda a base de una mezcla de gracia pícaro —de la cultura de la gente pobre del país— y de la «sal de la inteligencia»... Adobado todo por la conversación esdrújula... Pues los chilenos —obsérvenlos— siempre cargan su acento en la penúltima sílaba de cada frase... ¿O es en la sílaba anterior?...

¿A quién podríamos pedirle, primero, noticias de Hugo Rivera, y luego, que hiciese todo lo posible por su seguridad personal? Se me ocurren dos vías. La primera de ellas, no me duelen prendas, es el mismísimo excelentísimo señor embajador de Chile. Que este articulillo sirva como una carta abierta a

tal fin. Por favor, que haga el embajador cuanto esté de su parte para adquirir noticias y por salvarle la vida a Hugo Rivera.

La segunda petición es, para mí, mucho más sencilla. Va dirigida a mi amigo José Luis Messia, que actualmente es director general de Relaciones Culturales. Claro, que entre Messia y yo hay muchos desacuerdos. Pero todo lo que nos une es mucho más fuerte y más grande que todo lo que nos separa. Nos une la pasión por España, y dentro de ella, como una parte de ella, la pasión por América. Además, Messia, igual que yo, está enamorado de Chile. En una ocasión, cuando empezó la actual convulsión chilena, yo quise inquirir noticias a través de él de cierto amigo. A Messia le faltó tiempo para movilizar todos sus recursos diplomáticos y personales para adquirirlos, y luego, para ofrecérmelos gloriosamente. Es que Messia es, antes que cualquier otra cosa, un hombre bueno, al que nosotros tenemos que corresponderle echándole una mano siempre que sea necesario. Pues bien, José Luis Messia también puede saber algo y hacer algo por Hugo Rivera. Si las Relaciones Culturales sirven para hacer algo en favor de un hombre, nunca podrán llegar más alto las relaciones de la cultura... ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

CHILE

¿Qué es de Hugo Rivera Scott?